

La epistemología de la medicina. Un recorrido por el concepto de salud

Adrianana Reyes, Universidad Javeriana

La concepción de epistemología heredada del maestro Bachelard nos invita a referimos a las cosas a partir del discurso que se ha elaborado históricamente sobre ellas. Como apunta Canguilhem, la epistemología de la medicina viene configurada por la determinación histórica de sus enunciados epistemológicos, con sus condicionamientos sociales y políticos. “Salud y enfermedad” devienen conceptos normativos que regulan la práctica médica; sus leyes, éxitos y fracasos. Actualmente estos términos están mediados por una concepción de la técnica moderna que reduce la disciplina médica su carácter meramente instrumental. La medicina moderna toma la enfermedad como objeto de investigación experimental y análisis clínico, haciendo caso omiso del enfermo como organismo vivo. El epistemólogo francés recupera la reflexión vitalista para devolverle la enfermedad al enfermo y su lugar original a la naturaleza: El de medicadora, donde se desenvuelve el hecho vital. Desde esta concepción, el médico observa y obedece la naturaleza, invoca las reacciones de autodefensa del viviente como organismo natural. La biografía histórica de Freud, expone bellamente esta doble dimensión: la universalidad de la enfermedad como hecho biológico y su singularidad como experiencia existencial en el hombre.

El estatus ausente de la salud

Si hasta ahora le hemos concedido un estatuto científico a la enfermedad, ¿En que términos se ha referido el discurso médico a la salud? ¿Se ha referido de alguna manera a él? ¿Cómo? Para responder a estas preguntas apelamos entonces a la configuración histórica del concepto. Así, la epistemología histórica hace un recorrido por los pensadores que desde el siglo de las luces incluyeron la noción de salud en sus reflexiones. Allí se devela que se apela a este concepto desde su dimensión insensible, incierta y hasta invisible que la caracteriza. Esa “vida en el silencio de los órganos” en palabras del profesor Leriche (1925).

En esta concepción ausente de la salud, solo a partir de la experiencia fenomenológica del dolor en la enfermedad podemos reconocer la importancia de la salud, cuando estamos privados de ella como lo expone Leibniz refiriéndose a Bayle. Mas categóricamente con Kant se afirma que no hay saber, ciencia de la salud, sólo se accede ella desde la sensación de bienestar: Decimos “me siento bien, no me sé bien. Parece, dice Epicteto que hay en el imaginario popular una noción a priori e incierta de lo que es. Incluso antes y después de Hipócrates que hablo explícitamente del fenómeno.

La salud como la verdad del cuerpo.

La concepción mecanicista-cartesiana aporta otra aproximación teórica al concepto de salud a partir de la cual podemos dilucidar un sentido mas presente. Podemos hablar de la salud como la verdad del cuerpo: Una verdad que mas allá de la lógica “algo que se encuentra realmente en las cosas” que aparece con ellas, que se da. Esa verdad para el cuerpo, en un sentido cartesiano es un mecanismo que se auto-regula; pero que va mas allá que posee una vida -sin máquina- puede “simplemente morir” y “merece un recuerdo de duelo”. Un hablar melancólico que nos salva de convertir el cuerpo humano en la de la Eve de Villars que siendo maquina añora su mecanismo vital, orgánico, natural.

El continuum salud-enfermedad

Ese mecanismo vital en el trasfondo de la reflexión histórica sobre los conceptos salud-enfermedad se dejan esclarecer desde los conceptos de homogeneidad u homeostasis.

En la obra Lo normal y lo patológico Canguilhem explica mas detalladamente la aproximación Nietzscheana al concepto de salud. Cuando se refiere a la relación de homogeneidad entiende que los fenómenos, de salud o enfermedad, coinciden esencial y fisiológicamente; sólo difieren cualitativamente en grado o intensidad. Por ejemplo, explica que todos

poseemos un grado de glicemia en el organismo, sin embargo para un diabético varia significativamente hasta generar efectos adversos.

En la fisiología del organismo vivo se examinan en un continuum las funciones “desde el instante en el cual los órganos actúan con toda regularidad hasta aquel en el que las lesiones son tan graves que las funciones devienen imposibles y los movimientos se detienen”. Pero la continuidad de los estadios intermedios no anula la diversidad de los extremos. En el mismo sentido se habla de homeostasis como proceso, de autoregulación por el cual los sistemas biológicos tienden a mantener un equilibrio dinámico mientras se ajustan a condiciones de sobrevivencia optimas en medio del cambio. Ese proceso de autorregulación natural nos brinda una base sobre la cual retomar la actividad medica como observación y obediencia para acompañar un ritmo de por sí “curativo”

La salud. Un concepto vivido

Retomando la analogía de inspiración cartesiana en la que tomamos el cuerpo como verdad impuesta, no elegimos venir al mundo; pero también somos producto con capacidad de evaluar y de representarnos como verdad en ejercicio y con limites. Como donación somos configuración genética expuesta. Como producto somos construcción sociocultural e histórica que moldea el fenotipo, nos da la oportunidad de elegir. Sin embargo, esa oportunidad es cedida en la mayoría de los casos a un control socio-político-medico de bienestar público en el discurso higienista. Delegamos nuestro cuerpo a la categoría de cuerpo administrado y perdemos su verdad, su estatus de viviente. Nuestro epistemólogo nos evidencia “El hombre sano ... se adapta silenciosamente a sus tareas, ... vive su verdad de existencia en la libertad relativa de sus elecciones, esta presente en la sociedad que lo ignora” . Solo existe socialmente cuando se enferma, cobra sentido cuando representa un riesgo en para la salubridad y unos costos añadidos al sistema de salud. Es por ello que el cuerpo médico de servicio debe velar por la seguridad nacional, léase salud pública. Pues como dice Molière en su

característico tono trágico-cómico: “los médicos no tienen más misión que recetar y cobrar. El curarse o no es cuenta del enfermo”

En este sentido el concepto de salud, a diferencia del concepto científico de enfermedad, es más bien, desde el rescate nietzscheano, cualitativo, polivalente, estético y moral, en una palabra, vulgar. Adquiere la connotación de normal o fisiológico. Es normativo en tanto representa un tipo ideal de estructura y comportamiento orgánico. Puede ser descriptivo cuando muestra una cierta disposición frente a las enfermedades. También es moral cuando representa un valor deseado.

Entonces, ¿Cuál es el límite entre lo psicosocial y lo somático?

El concepto de salud es inaccesible a un saber, en esa medida el sujeto es inconsciente de sus órganos, de su cuerpo. Solo cobra presencia de manera melancólica o nostálgica, cuando se la añora porque aparece la enfermedad. Es allí cuando el órgano, el cuerpo se hace presente a la conciencia y a la ciencia.

¿Que pasa entonces con la ciencia de la salud: la medicina. Si de la salud no se predica ningún saber? Canguilhem aclara: El médico no se ocupa de los conceptos y su sentido, eso son quimeras filosóficas. Se ocupa de los fenómenos vitales, de las funciones del organismo. Como tal debe respetar la ciencia médica como “arte que entretiene al paciente mientras la naturaleza lo cura”, como asevera Voltaire.

Asumir la salud o el cuerpo como verdad es asumir la responsabilidad de la misma: autogestionarla. Yo estoy sano en la medida en que me siento capaz de portar la responsabilidad de mis actos. Es por ello que terminamos llamando la atención a el carácter pedagógico de la reflexión sobre el continuum salud-enfermedad. La polaridad de la vida es dinámica, se mide por la capacidad de retornar al equilibrio de las funciones y entender que el desequilibrio son los fracasos de la vida, que tienen la función de atraer la atención a la vida misma y a su capacidad para retornar al equilibrio.

